

# Noches de ambiente

Un reportaje por Juan Fernando Mosquera

Bares de ellos y para ellos. Otro lado de la noche en Medellín, la que se atrevió a hacer públicos sus actos privados. Lugares de encuentros homosexuales que ya no son clandestinos

**N**oche. Cambia la ciudad con el paso de las horas, cambian los olores del oficio o la profesión por el aroma de los perfumes para encantar, los sonidos del trabajo diurno se van desvaneciendo mientras la



música de los bares comienza a escucharse cada vez más alto, y las discotecas se preparan para crear el ambiente preciso para cubrir esa noche, esa otra noche, propicia para el encuentro de esta otra Medellín que *salió del closet*, que asumió su condición *gay*. Sucede hoy de una manera abierta delante de esa otra ciudad que antes sólo sabía persignarse ante lo que no aceptaba.

Noche. Ellos buscan un sitio donde *se* tenga licencia para ser quien se es sin necesidad de cubrirse el rostro como si de algún pecado oscuro se tratara. Y los sitios están aquí, ya no de manera marginal tal cual fue en la época de los años setenta, ni de forma encubierta como debían presentarse hasta bien entrados

los sesenta, cuando el encuentro era entre anónimos en casa de tal o cual, que sólo pocos conocían.

**Un cigarrillo y una firma de pacto social no se le niega a nadie**

Hoy día, esta noche es distinta, los nombres de los bares *gay* no se esconden tras un manto clandestino; existen allí a la vista e incluso algunos terminan por convertirse en sitios de moda y su primer público es diezmado mientras en la puerta se instala, invisible, el rótulo de *straight*: o sea, para todo público, y la entrada deja de ser restringida para permitir el ingreso de parejas de hombres y mujeres heterosexuales, dejando de ser lo que fue, aunque algunos de sus primeros visitantes acudan esporádicamente.

Noches de la calle San Juan. La fachada evoca un templo con campana al viento, y adentro la decoración entre gótica y rococó rima con ese juego religioso que sirve licores en copas que semejan un cáliz y ofrece hostias como pasantes. Esta es *La Misión*, justo entre las carreras 73 y 74 con calle 44. Las miradas a los ojos y las manos sobre la mesa, aquí no hay nada que esconder, de fondo una canción de Bosé da paso a otra de Mecano. Es un sitio para charlar, iluminación tenue, en las mesas altas que están después de la pila bautismal que recibe a los clientes hasta la medianoche. La calma se hace fiesta con sólo cruzar al local vecino.

Justo al lado, en *Toque de queda*, todo comienza un poco más tarde para terminar en la madrugada. Pasas la recepción, luego de cancelar los 6 mil pesos de *cover* (nos reservamos el derecho de admisión, 5 mil consumibles. A dos mil la cerveza), cruzas el pasillo y llegas al salón azul: tapete, techos y paredes de color uniforme, donde está la barra y en frente el único baño que a la vez es el guardarropa. Iluminación discreta desprenden lámparas que semejan tragaluces diminutos. Sobrio. Sin tapujos, un abrazo recibe a los amigos y un beso en la mejilla.

Muchos vienen por la rumba, por los amigos, otros tantos a buscar pareja; es el escenario perfecto donde el temor a equivocarse es menor, nadie se ofende. No hay por qué. Después de un pesado telón está la discoteca. Inmóvil, un imponente ángel negro pende sobre todos como espada de Damocles. Luces de colores bombardean el lugar. Allí la temperatura sube, los cuerpos se mueven y el frenesí está cerca de todos. El *discjockey* acelera el ritmo y del *merengue house* pasa al *trance*, no olvida a Madonna o al “Tira para arriba, tira”: *salgo a la calle a pelear por vos y la noche me toma por rehén... La belleza de tu pierna escapándole a las sábanas, tu sexo a la deriva y esta loca ilusión de que algún día imaginemos para todos un mundo mucho mejor...*

Las reinas de la noche son las *Drag queens*, vestidas ruidosamente con el glamour llamativo de las pasarelas femeninas que sólo visitan en las noches:

pelucas de colores no tan naturales, escote pronunciado, prendas de visos brillantes, piernas desnudas, depiladas y tan largas como corta la falda. Siempre con plataformas por zapatos. Altas, altísimas. De día son los mismos hombres que, trajeados comúnmente, ejercen a diario el masculino que es su cuerpo. Bailan solas o unas con otras en las plataformas donde todos pueden verlas. Se alimentan del *voyeurismo* de los ojos que no pueden dejar de mirarlas. A veces se marchan a mitad de la noche para volver luego, sin maquillaje ni peluca y, con la voz distinta, a ser otro más. Y pocas las reconocen. Igual sucede en otros sitios, como cerca del diamante de béisbol, atrás del Sanandresito, en *La Petrolera*, cuyos tres pisos ambientados como estación de gasolina ofrecen para ellos un montaje importado: la pista de baile se eleva neumáticamente hasta casi dos metros sobre el piso mientras la música cada vez más fuerte procura acercar los cuerpos al éxtasis. Pocas, poquísimas mujeres pueden estar aquí. Y no es por el *cover*.

Pero la seducción no está sólo en la calle 44 o en sus cercanías, aunque allí estén los sitios que de tres años para acá son lo que algunos llaman “el sector oficial”. De apogeo, los jueves y sábados; menos concurridos, los viernes.

Los de siempre siguen enclavados en el centro de la ciudad bajo esa cierta cubierta que hace parientes, lo clandestino y el peligro. Allí la censura no existe, cruza la puerta quien se atreve y encuentra lugares más pequeños que la reputación que cargan, pero que, decididamente, sólo son de paso para aquel que busca encontrar alguien con quien no quedarse allí. No son sitios con el esplendor de los otros, pero conservan el atractivo de haber sido instalados antes de que la condición *gay* o bisexual tomara ese viso de cosa *in* entre tanto joven que recién comienza la universidad.

*Ébano* y *Marfil*, calle 56 cerca al Palo y arriba de La Oriental. Los rostros más adultos no esperan tanto de la moda, aunque no falta quien trabaje con ella, y no han escuchado la canción de *La Ley* que, en ritmo electrónico, dice: *esa que ves es él... ese que ves es ella*. Tiñen las noches con combinaciones de Juan Gabriel, Mónica Naranjo y, siempre, Madonna. No hay que pagar entrada. Están abiertos de lunes a sábado. Son lugares detenidos en algún raro tiempo suspendido que hace cómplices en los rincones más oscuros. Las paredes visten sus imperfecciones con afiches de hombres erguidos de espalda desnuda confundidos en el abrazo. Mientras, en el bar, todos están sentados. Cerca, a tres cuadras, está la discoteca *Teves*,

**La vida como un licor de bajo precio,  
le producía una embriaguez innoble: Porfirio Barba Jacob**

donde pocas luces son necesarias para bailar *amacizados*.

La otra noche. La que sucede en algunos cuartos donde concretan citas, no tiene testigos. Ojos que sí ven son los que encuentran el *show*, anunciado en volantes, de boca en boca o a veces sin nota previa, de los *strippers* masculinos que prenda por prenda se desnudan en cadencioso baile ante los hombres de su público poniendo en claro, eso sí, aquello de “ver y no tocar”. Cinco jóvenes, en un mismo instante o también por tandas, con cuerpos firmes que llegan sin mucha algarabía y se marchan entre sombras después de estar bajo luces intensas. Terminan, se van a medio vestir y al llegar a la puerta, ya más frescos –camiseta, bluyín, chaqueta en la mano– se van a sus horas de gimnasio hasta el próximo *show*, que puede ser mañana o el mes entrante.

Ojos que si ven son los que asisten a “Miss Internacional Transformista”, y no son excomulgados a pulpitazo limpio como pudo suceder en otro tiempo. Fue en el bar *Plataforma*, el 25 de febrero pasado, y como uno más de tantos reinados escogió al final la mejor mujer –sólo que entre hombres–: metamorfosis de salamandra, cualquier ojo puede ser confundido; ahí está el juego y queda la constancia de que no todo transformista debe *ser gay*. Y que es distinto hablar de *gays* que de travestidos.

Y que no son lo mismo que transexuales. Y que una cosa es ser *gay* (o marica, pues) y otra ser *loca* –con plumas y todo, como dicen–. Y que todo esto se ve, se reconoce y no se confunde en una madrugada habitual de esta otra noche que es la misma.

Así como a veces, y sucede, alguien después de años e hijos descubre un apetito distinto que tal vez llevó dormido. Mientras otros a edad temprana asumen su inclinación. Sí, las dobles vidas y las vidas en una sola vía se pueden encontrar en cualquier mesa, en un bar la edad no parece ser prejuicio: aunque las cédulas sean requisito de ingreso, adentro hay desde jóvenes muy jóvenes hasta mayores ya bien mayores. *La Petrolera, Ébano y Marfil, La Misión, Toque de Queda, Teves, Almabamba, Cerrejón, Skala, Víctor Victoria, Lucho's número 2, La Camerata...* Son nombres recurrentes de lugares nocturnos de Medellín que entre sus letras encierran historias en baja voz para el visitante habitual.

Hombres como cualquier otro son como cualquiera, sus preferencias no son un adjetivo negativo. Siempre los ha habido, son lo que son y sólo buscan un lugar dónde encontrarse en una ciudad que pareciera cada día más abierta, incluso en las noches más discretas. Todo puede ser parte de una noche

de sitios públicos o lugares privados.

Amanece. La madrugada termina con la misma canción, el *tira para arriba* de la discoteca se escucha ahora en el taxi de regreso a casa: *y la noche me toma por rehén... sigo siendo un gato en la ciudad... dame una oportunidad...*

**Abril de 1998**